Hablan unas mujeres:

©Herederos de Juan García Hortelano, 2017

1

Había anochecido tres veces, lo que, para una sola tarde, ya resultaba demasiado, ¿no? El nunca bebe antes de las seis. (Estoy equivocando los tiempos del verbo, no se me oculta, pero ¿qué quiere usted?) A las seis toma la primera copa, siempre en el jardín, ya que, nada más levantarse de la cama, se instala fuera, sin reloj, a esperar esa señal que sólo él se ha fijado. De tal manera que, desde que considera que faltan unos minutos, desenrosca y enrosca el tapón de la botella, hasta que suenan (¿dónde?) las seis, y las manos le tiemblan. En pleno verano, cuando las horas de la tarde parecen estancarse, el cálculo se le hace mucho más impreciso.

Pero si en una misma tarde anochece tres veces —y en este pueblo sucede en los últimos días del verano—, al primer oscurecimiento no espera y se sirve. Que luego sean las cuatro, que, de nuevo, anochezca, que a continuación las manecillas marquen las cinco y media, que nos caiga encima y como a traición un tercer crepúsculo, ya no cuenta para él, porque, a partir de la primera jubilación de la luz, bebe sin correspondencia alguna con

la naturaleza (quiero decir, usted me comprende, sin embustes) y se acuesta, una vez terminada la botella. Cada una de esas botellas le dura unas cuatro horas; para mí son relojes de arena y así lo pienso dos días por semana, cuando bajo a comprárselas al autoservicio de la plaza.

Al primer atardecer, yo, que desde el ventanal observaba la dirección de las nubes, supe que él había llegado a las seis y, como eran las cuatro apenas, pensé que a las ocho aproximadamente estaría derrumbado sobre la cama, y así estuvo, cuando los gritos de los niños le despertaron. O sea que, pasados unos minutos de las cuatro, me podía ver (y me vi) sobre las ocho y media desanudando los cordones de sus botas, tirando de sus pantalones, sacándole los calcetines con dos dedos, liberada. (¿Qué hago después? Imagínelo.)

La tarde era muy hermosa, tampoco más que cualquier otra de finales de verano en cualquier otro pueblo, una de esas tardes cambiantes, con tantas variaciones de perspectivas, de sonidos, hasta de olores. Para él, claro, una tarde perfecta. A las seis tomó la primera copa y, poco después (usted me sigue, ¿verdad?), sobre las cuatro y diez, me aparté del ventanal. Para mí, todos son casi idénticos; varía, naturalmente, la altitud y, por tanto, la temperatura (algunas veces, dese cuenta, huimos del invierno, otras del calor, y advierta que en mi situación, para una mujer que apenas habla, el clima adquiere más importancia de la que probablemente tiene), en unos hay varias plazas, en otros menos calles, en todos he encontrado esas tiendas, a las que acudo dos días por semana y de las que vuelvo, por distintos atajos —que son el mismo—, cargada con los relojes de arena que he comprado. En éste existen demasiados perros y demasiados niños (y vea las consecuencias), el viento sopla por la noche con una constancia adormecedora y, luego, la madrugada mata el viento. Sin embargo, a pesar de sus noches tan propicias, no puedo aborrecerlo menos que a otros muchos pueblos en los que hemos vivido, me sugieren todos —éste incluido— esas familias que ali-

mentan con las sobras de la comida a unos cerdos, de los que ellas se alimentarán. Me da asco.

Retirada del ventanal, porque había anochecido, esperé, mientras anochecía dos veces más, a que él acabase la botella. La casa se diría que es mía durante esas cuatro horas en que la arena va pasando de la botella a su cabeza, pero, estando él en el jardín, ni la casa, ni el jardín —ni yo misma— me pertenecen. Tampoco son horas lentas. Me limito a esperar. A odiar. Tengo tiempo más que suficiente y recuerdo y falsifico los recuerdos, me compadezco, relaciono ultrajes y afrentas, me detesto, le maldigo. Hace mucho (no me pida usted precisiones, era en otro pueblo, en otra casa), aún algunas tardes le contemplaba, tras los visillos. Una de esas tardes se me ocurrió la idea y, aunque no lo hice inmediatamente, me asusté de mí misma, como si fuese posible volverme loca o, peor, como si estuviese a punto de fingirme loca.

Eso hago, espero. Oigo pasos. Entra y deja sobre la mesa la botella y el vaso. Me mira, pero no me ve. Se derrumba sobre la cama. Al rato, le desnudo, y la casa, el jardín, las horas —y yo misma— me pertenecen. Jamás me ve, aunque siempre me mira. Sin duda, porque al principio le esperaba disfrazada o a gatas sobre un diván o extendida en cruz sobre la alfombra o encaramada en el reborde de la chimenea, una pierna doblada y un bastón enarbolado, o borracha y gritadora, para nada. Por entonces, se me ocurrió la idea y salí, unos días después, a darle de correazos con uno de sus cinturones. (Sí, como a un perro, exactamente como a un perro al que se ha decidido educar. Supongo que él no lo había olvidado esta noche, cuando lo de los perros, fíjese, después de tantos años, que ni siquiera yo sabría decir si han sido demasiados o pocos o siete.)

2

La tarde, de repente, se rompió en ladridos. El aire se fracturó, se despedazó en coros aulladores, casi localizables. Y, acto seguido, sobre los aullidos, resonaron los

gritos de los niños, corriendo desordenadamente por el jardín, aun sin saber, orientados hacia la verja no obstante y adivinando o negándose a adivinar. Los mayores, que salieron primero, unieron sus voces, crecientemente irritadas por la sorpresa, a la vociferación y a los gemidos. Aunque el cuerpo canelo desconcertaba sobre el asfalto, vieron antes al que, en la cuneta opuesta, renqueaba entre los zarzales, extravagante, como sostenido en cinco patas y ninguna del mismo tamaño. Alguno de los mayores —algún tío, alguna madre, alguno de los amigos— había llegado al portillo y, con una premura autoritaria, trataba de retirar a los más chicos, los más inasibles por otra parte, que gritaban, sollozaban incluso, parecía que jugasen a imitar los aullidos. Negro con manchas blanquecinas, intacto, sólo alarmante por el bamboleo, no conseguía apartarse de la cuneta. Un coro de voces femeninas —madres, tías, hermanas casadas, primas, doncellas y asistentas, Viernes— entonaba una polifonía de espantos y prohibiciones. Inútilmente, porque los más capaces —o angustiados— habían abierto ya y el tropel de la chiquillería se alargaba en la linde de la carretera, ineptos, plañideros, entregados todos al desamparo de la infancia. Y entonces asomó un automóvil por el cambio de rasante a cien, y cerraron los ojos, oyeron las ruedas pasar sobre la osamenta del canelo, y el hilo de tarde que ponía azulosas y amarillentas las nubes se llenó de renovados gritos, de ladridos desesperados, de algo, como un estertor, que logró sobrenadar la algarabía.

3

Con una terquedad idiota y metódica, vacía el vaso; se le pierde la mirada en el horizonte; llena el vaso; bebe; mira; así cuatro horas de arena fluyente, pensando en mí, en la que creyó conocer, en la que creyó amar, en la que creyó sorprender, en la que nunca he sido, en la que algunas noches él consiguió, sin saberlo, que yo fuese. O reconstruyendo, con esa minucia escurridiza de los viejos, cuerpos que fueron. Por entonces, ya no me ha-

blaba de esos otros cuerpos, ni siquiera me permitía averiguar, era sólo una figura de hombre, sentado en un jardín, bajo unos pinos que olían a yodo, bebiendo. O —detrás de los visillos, le vi levantarse, por vez primera, aquella tarde de los primeros años— una figura de hombre avejentado, que abandona el vaso en la hierba, se levanta, se aproxima a una mata de glicinas y, mientras llega, ha ido bajando la cremallera del pantalón, orina. Unos días después (quizá, compréndalo, me detuvo un resto de inhibición, alguna huella del respeto que siempre impone una presencia ajena) me decidí; salí de la casa con uno de sus cinturones bien anudado a mi muñeca derecha e, impune, puesto que él sólo oía el burbujeo de su orina, la emprendí a rebencazos contra su espalda, que se doblaba más a cada golpe, y él, inmóvil, ni movió la cabeza, se cogió con ambas manos —se guarecía, mejor— aquella triste cosa, su piltrafa, se doblegaba, caía de rodillas sobre la tierra pobremente húmeda y recibió en la nuca el último correazo, el más flojo, porque me dolía el hombro y hasta de castigar a un perro se fatiga una, o se apiada. Desde entonces, contiene la vejiga o sale al campo (ya sé que empleo mal los tiempos del verbo, no tiene usted que repetírmelo con la mirada, me acostumbraré mañana o dentro de un mes), nunca entra en la casa antes de que lo indique su reloj de cuatro horas, pero tampoco nunca ha vuelto a una mata de glicina, a un rosal, a una tapia, a una valla de madera verde, a mear como un perro. Resisto convivir en silencio; que sólo me hable para ordenar el traslado a otro pueblo, a otra casa, todavía puede sorprenderme; pero aquéllo, no.

Ayer mismo, cuando por cuarta vez anochecía y ya no le iba a quedar a la tarde lunática más posibilidad de coqueteos con la luz, cuando entró y me miró con esa mirada suya de legañas rojas, que no me ve (sí, yo le esperaba desnuda), él recordaba aquella casa junto al mar, aquellos latigazos que le di, para que aprendiese a ser limpio, para evitar que, en esta existencia de bestias mudas que desde años arrastramos de lugar en lugar, no

acabásemos de perder eso, que no sé cómo llamar, pero que, en todo caso, consiste en no mojar la cama, en no comer en pie y con las manos, en no buscarme forzosamente, como si yo fuese un arbusto junto a una valla de madera.

He llenado y vaciado maletas, cuando él ordenó, bajo —o subo— dos veces por semana al autoservicio, guiso, saco mi dinero del banco, arreglo la casa, estiro sábanas, busco lavanderías o lavanderas, le desnudo noche tras noche, a tirones, le dejo una jarra con agua en la mesilla. Eso, en su mirada, no existe. (Créame, no existía anoche, ni jamás ha sido capaz de mencionar todo lo que por él hago.) Por fin, apareció el sol, ya muy bajo entre unas nubes imposibles, se vio que por mucho que las nubes se acumulasen sólo llegarían a rubricar el verdadero crepúsculo y oí sus pasos. Estaba sentada y así seguí, hasta después que él hubo dejado la botella y el vaso sobre la mesa, hasta que olvidé su mirada, hasta que recordé que iba siendo hora de retirar la botella y el vaso, de desnudarle, de recuperar la libertad o el mundo. Frío no, pero sí un aire fresco hacía, por lo que, después de haberle oído caer sobre la cama, pensé que, además, tendría que vestirme yo y, anoche, muy tibio aún el odio que había ido encendiendo desde las cuatro, apenas si tenía energías para levantarme del sillón y comenzar una noche más, con mi emancipación, mi propia borrachera de soberanía. A pasear el jardín, a recibir y atender a mis invitados, a bailar impulsada por el viento, arriesgándome a unos días de fiebre, de muebles polvorientos y vajilla sucia.

Me arrancaron del sillón los ladridos de los perros, recién atropellados, y el disparatado griterío de esos niños del chalet vecino, que (sépalo usted) algunas noches, encaramados a la tapia o a los árboles, me espían, casi me acosan, ignorando que yo escucho sus risas sofocadas o sus puercos jadeos, que, aunque siga danzando en círculos, vislumbro sus torpes sombras. Tanto aullaba esa jauría —y, encima, los perros— que salí, sin sospechar que él, despatarrado en la cama y anulado por cuatro

horas de alcohol, también pudiese despertarse, acudir, como se acude a una cita de la memoria, a la cita que los perros y los niños le estaban preparando consigo mismo. Porque eso fue lo que anoche le sucedió. Y es que hacía años que, de tanto mirarme sin verme, tampoco se veía a sí mismo, el pobre perro borracho.

4

Con los brazos extendidos en cruz y las piernas separadas, como improvisando una barrera inestable, Viernes oponía una prohibición angustiada a la irregular hilera de niños. Uno de los hombres, casi un muchacho, que había cruzado la carretera, se acuclillaba junto al perro de manchas blanquecinas con una mano, se diría que amonestadora, abierta en el aire sobre la cabeza herida. En el silencio, otros dos hombres corrieron por el asfalto, asieron por las patas al canelo y lo fueron arrastrando hasta la cuneta, donde el muchacho tanteaba ahora el cuello del negro con manchas. Y, entonces, la hilera serpenteante se deshizo, se cruzaron todos a la carrera y, de nuevo, con una saña airada, se oyeron los gritos de las madres, de las hermanas solteras y casadas, de las primas, mientras Viernes, sorprendida, permanecía aún unos instantes con los brazos ya innecesariamente extendidos.

El negro de las manchas blanquecinas, que flaqueaba entre las piernas de los niños, consiguió llegar junto al canelo, siempre yacente y con la panza como un fuelle discontinuo, para husmearlo. Se retiraron —mayores y pequeños— unos pasos atrás, respetuosos con unas relaciones —parecía una ceremonia— indescifrables. Una voz aguda pidió un médico de perros, lo que obligó a mirarse a los mayores, a que dudasen, hasta que alguien supuso que en el pueblo no habría veterinario, y Viernes, con más acritud de la necesaria, gritó que no se trataba de personas, sino de un par de animales, que no se pusiesen histéricos, cuando ya los niños gritaban la palabra veterinario al unísono. Pero los perros —y al negro se le

habían doblado las patas entre unos surcos calcinados por los que había intentado huir— movían porfiadamente los rabos, transmitiendo una creciente sensación de culpable inmovilidad o de rabiosa impotencia, según la edad de los espectadores de la doble agonía. Hasta que una de las pequeñas, que indudablemente había cruzado a la casa y vuelto a atravesar la carretera, en compañía quizá de alguna de las mujeres que se habían agregado al grupo, se abrió paso y, agachándose, con más temor que piedad le ofreció al canelo unas galletas, que mantuvo oscilantes y retráctiles, en tanto las sonrisas y las alabanzas aligeraban la penumbra.

Una vez que las mujeres, sosteniendo cruzadas las chaquetas de punto con los brazos en aspa y las manos bajo las axilas, se aproximaron a observar al canelo, Viernes dictaminó, con un tono que no admitía apelaciones —aunque sí demoras—, que ambos habían muerto. Y recalcó que ya no sufrían. Azuzaron a los niños, que murmuraban que el negro de las manchas sangraba mucho y que el canelo respiraba todavía; imponiendo la atención en la carretera, consiguieron que cruzasen de nuevo, que entrasen en el jardín y que empezasen a comentar, para hacer pasado del presente, olvido, a lo que contribuyó que, conforme franqueaban el portillo de la verja —y había que empujarlos para que continuasen—, descubrieron en el porche del chalet vecino a la loca a quien tantas noches, encaramados en la tapia, habían contemplado, como un trozo de luz sin brillo, gesticular, bailar, hacer reverencias, contorsionarse, y que ahora era como un rescoldo ceniciento, salvo cuando, por contraste con el hombre vestido, el hombre avanzó dos pasos, se colocó junto a ella y Viernes creyó distinguir una mano del hombre en las clavículas de la mujer.

5

Me sobresaltó, la verdad, ya que no le había oído llegar y le suponía durmiendo la botella. Uno de los perros se había alzado sobre las cuatro patas y yo pensé que

los niños, a los que obligaban a cruzar la carretera, lo descubrirían y querrían regresar. No vieron nada, probablemente porque miraban hacia mí y, en ese momento, sentí que llegaba, que se detenía, esperando, quizá, que yo girase la cabeza; avanzó luego, imaginé que me abrazaría, pero todo era menos complicado, aunque él estuviese allí y no evaporando a estertores el alcohol; quedaban únicamente unos reflejos mezclados a la calina entre la que había desaparecido el sol, sólo se les oía parlotear en su jardín, y yo, cuando él comenzó a bajar los escalones del porche, entré en la casa, me senté ahí, acurrucada en el suelo sobre mis propias rodillas, a esperar que se hartase de olerle la muerte a los perros y se acostase de una buena vez.

No se acostó, sino que, cuando regresó —y tardó bastante—, se buscó otra botella y (¿qué hacer?, hay días que parecen de otro planeta) se sentó junto a la chimenea, lo cual, de alguna manera para mí incomprensible, resultaba acorde con una tarde durante la que había anochecido tres veces, él se había acostado y se había levantado, los chicos ésos habían organizado una barahúnda y yo continuaba desnuda, apenas con energías para abrazarme las piernas y, todo lo más, no entristecerme demasiado con el olor de mi piel. Estaría yo imaginando que, si no se retiraba a los perros, a la mañana siguiente hederían los alrededores, dudando en acostarme o calculando lo que aquella no programada botella le podría durar. No lo sé, pero sí que él habló:

—Tendremos que marcharnos.

—¿Por qué? —repliqué.

—Algún día tendremos que irnos de aquí. Hace mucho que no hemos estado en una ciudad, que —añadió— no nos hacemos ropa.

—Tú usas ropa de confección —fingí un silencio definitivo, hasta que advertí que no bebía y dije para saber si aún podía dañarle—. Y yo vivo mejor sin ponerme nada.

Mantenía el vaso en la mano; tampoco habría movido yo un músculo o pestañeado, si en ese momento me

hubiese arrojado el líquido a la cara, pero con la diferencia de que mi apatía estaba encubriendo una extraña ansiedad, esa necesidad de que algo suceda, hasta habría soportado que me abrazase, y, en cambio, él permanecía inmóvil, sosegado, porque nada nuevo podía sucedernos. Así es que alargué las piernas y los brazos, en un ejercicio de gimnasia, toqué con la punta de los dedos las uñas de mis pies, me dejé resbalar y me quedé sobre la madera, de costado, en parte porque no resistía que estuviese allí, quieto, con el vaso lleno, sin esperar, pensando (oiga, eso resultaba evidente) en cuerpos muertos.

De pronto, súbitamente quiero decir, después de que estuve midiendo los minutos como para inadvertirlo, levanté la cabeza y, efectivamente, miraba con una fijeza complacida mi vientre, con la misma mirada que moja mi rostro tarde tras tarde, cuando entra del jardín con la botella vacía. Y, sin embargo, él quizá esperase de mí algún gesto, alguna propuesta (hace años, fíjese que sólo ahora lo recuerdo, jugábamos a los naipes), que me vistiese y saliese, con una máleta, por la puerta. Por muy ridículo que sonase, le pregunté:

—¿Quieres comer algo?

Terminó el vaso y se puso en pie. Segura, aun sin verlo, de que se dirigía al dormitorio, oliendo el polvo del parquet y para ahorrarme el esfuerzo, le ordené que se desnudase por sí mismo antes de tirarse sobre la cama. No me contestó ni con un gruñido. Continuó andando y yo, como los niños que juegan a tribus indias, trataba de oír en la madera el curso de su camino, iluminaba ya los salones de mi soledad y mi delicia.

(Si usted puede probar que yo sabía cuándo él se levantó del sillón, arrésteme.) ¿A qué clase de conformidad, de indolencia, a qué especie de distracción, me pregunto, tuvo que recurrir para no moverse, para repetir pacientemente, sin un vaso en la mano, esa fatigada inmovilidad de tantas tardes, pero ahora en pie, allí, ciego, aguardando a que unos faros le deslumbrasen? Como todo lo que ya no se oye y, a pesar nuestro, suena y se oye, yo ni escuchaba ese ronquido de la carretera,

que algunas madrugadas aún me despierta y por el que conozco que no estamos en la casa de los prados, ni en la casa junto al mar, ni en ninguna otra de las casas donde hemos dormido en los últimos años, sino en ésta. Y aunque no escuchaba, ahora puedo jurar que no sonó ningún zumbido, que el silencio fue absoluto durante un tiempo (¿cuánto?, nunca llegaré a saberlo) larguísimo, hueco, excesivo, a no ser que en esa espera el tiempo haya dejado de pasar y así tuvo que suceder, que, para él, ya no contaba el tiempo y, para mí, comenzó cuando (no, no recuerdo tampoco el ruido creciente del motor) retumbó el golpe, como un portazo brutal y desconsiderado, que cerraba la tarde multiplicada. Y abría esta sensación estimulante, como una fruición repentina, a la que todavía no me he acostumbrado y tardará, pero no me importa, porque tengo veintiocho años y él me domó para que a todo me amoldase. (Sí, al oír el estruendo, corrí al porche, desde donde apenas se distinguían los bultos en la carretera, moviéndose atolondradamente, y entré, inmediatamente, a telefonearles, y me quedé aquí, imaginando que le pasaban ruedas y ruedas por encima, en silencio, ya que ahora no había niños que gritasen; estarían durmiendo los dulces ángeles.)

6

Aunque los niños se acostaron más tarde que de costumbre, ninguno se despertó, cuando los del automóvil, temblorosos y vocingleros, entraron a telefonear. Habían cenado todos, habían considerado la oportunidad de encender el primer fuego del año y, mientras unos taqueaban en la sala del billar, otros leían, alguna tricotaba, Viernes estuvo engrasando las cadenas de las bicicletas, que habían aterrizado más de lo conveniente aquel día. Por eso, apareció en el vestíbulo con el trapo negro de grasa y durante mucho tiempo no percibió que seguía con el trapo entre las manos; luego, tardó en lavarse, quizá cuando llegaron los agentes de paisano y los de uniforme

o cuando se alejó la ambulancia, muy consolidada, a pesar de su fragilidad, la incongruencia.

Viernes permaneció en la ventana de su dormitorio, después de que, con la salida de todos los extraños, las luces, que habían disfrazado la noche, se apagaron. El insomnio la recuperaba de unos acontecimientos, que parecía irrealizar mientras recordaba, a los que se agarraba, repetitivamente, quizá para no dirigirse a la única habitación de la casa en la que su inquietud habría podido transformarse en una vigilia voraz. Imágenes que pulsaban un clave mudo se embrollaban en su memoria, e incluso más allá de los árboles quietos, entre los que, de pronto, una corpulenta blancura avanzaba calmosa. Viernes creyó retroceder un paso, a la vez que en el jardín vecino el cuerpo se delimitaba, al sentarse, y alzando un brazo, separaba una forma confusa, para la mujer de la ventana, que llegó a ser una botella, cuando la mujer desnuda la retiró de sus labios y la dejó rodar por el césped. Así, cada una en una opuesta penumbra, persistieron durante un tiempo que ninguna advirtió que aproximaba el amanecer, Viernes sospechando que la otra conocía su presencia en la ventana, paulatinamente convencida de que estaba inventando aquel cuerpo abundante desparramado en el sillón, mientras oía burbujear la risa de la bella loca del jardín vecino, ausente por una noche de sus trémulas fiestas de soledades y quimeras, hasta que la mujer se alzó, como de un trallazo, corrió hacia la tapia y, cayendo a cuatro patas, levantó la pierna derecha.